

Reseñas

HERBERT FREY, *La arqueología negada del Nuevo Mundo. Europa, América y el surgimiento de la modernidad*, México, CNCA, 1995, 313 pp.

Hoy más que antes nuestros ojos se desmoronan en los siglos, hoy como nunca antes es importante hablar de la modernidad. Por supuesto, de lo que ha sido la modernidad.

Buscar sus orígenes más remotos es el objetivo de un fascinante ensayo de Herbert Frey, especialista en el tema. *La arqueología negada...*, pretende rastrear los elementos culturales que permitieron el surgimiento de la modernidad en la crisis de la sociedad feudal europea, hasta encontrar su punto de arranque en el evento de mayor trascendencia del siglo xv, el descubrimiento del Nuevo Mundo. El continente que se lanza a la gran aventura de la conquista es a su vez, romanamente, “conquistado”, encontrando en las nuevas tierras la veracidad y la revelación de su espíritu a mitad de camino entre la Edad Media y la Edad Moderna, entre nobleza y burguesía, entre el mundo celestial y el mundo terrenal.

El contacto intercontinental produce también el repentino colapso de las civilizaciones indígenas, incapaces de hacer frente a la superior tecnología, saber y organización social de los europeos. Amén de toda retórica indigenista y nacionalista, con sus patéticos lloriqueos sobre las víctimas sacrificadas a la “barbarie” hispana, es imposible negar o minimizar este dramático desenlace, que lleva al continente americano a adquirir una nueva identidad, a partir de la aportación de Europa.

Aun si la verdad parece amarga para algunos, la “arqueología” de la modernidad en América Latina no puede prescindir, entonces, de la referencia a la matriz europea. Herbert Frey, polémico, lo dice abiertamente: “La tesis de que es la tradición europea la que representa la arqueología negada de Latinoamérica produce un malestar que sólo se encara con desengaño, pues en la medida que contradice todas las concepciones ideológicas nacionalistas y obliga a reflexiones, se preferiría no enfrentar” (p. 13).

La represión de un pasado embarazoso es el pretexto para eludir el encuentro con el “yo” americano y también con el “yo” europeo. Entre los que vociferan cada 12 de octubre contra el gran descubridor, Colón, y en contra de los conquistadores, se encuentran, en efecto, no sólo los supuestos descendientes de las “víctimas”, sino también muchos europeos. Esto es la manifestación de

una civilización moderna marcada por la incertidumbre desde sus comienzos, incapaz de aceptarse a sí misma creyendo verdaderamente en sus axiomas fundadores y que, finalmente, siempre ha guardado en su seno los principios de su propia negación.

Cristóbal Colón y Hernán Cortés adquieren entonces la estatura de paradigmas por excelencia de las ambigüedades de una civilización en perenne transición. Leales al rey y al papa, preocupados por la salvación de las almas infieles y por las suyas propias, ambos sin embargo ambicionan conquistar un lugar para sí mismos como descubridores, como conquistadores, como príncipes de este mundo. Así revelan la otra cara del mundo del *quattrocento*, la de los hombres emprendedores, individualistas y rebeldes que ponen en entredicho la tambaleante estabilidad del orden feudal.

El individuo, ese nuevo sujeto que aparece con ímpetu en el crepúsculo medieval es, en efecto, el verdadero protagonista y héroe del estudio de Frey. Si pudiéramos reducir al mínimo los postulados de la modernidad, tendríamos que poner en primer lugar el espíritu subjetivo de un ente individual que se resiste y reniega a toda determinante social y natural que él no pueda comprender y aceptar. La transformación ontológica del hombre "orgánico" en hombre individual tardó para completarse mucho más tiempo que la sucesiva afirmación del segmento social individualista por excelencia, la burguesía.

Por ello, no hay que esperar al siglo xviii y a los jacobinos para observar el nacimiento del mundo moderno. Sin duda la modernidad, esta larga fase de la civilización europea que termina hoy día, tiene raíces antiguas. Algunos, en efecto, quisieron fijarlas en el siglo xvi, cuando se formó el primer sistema global económico y político (Wallerstein). Frey va mucho más allá y remonta al siglo xii, encontrando en la Baja Edad Media los primeros indicios de la formación de un espíritu individual, inquieto y racional. Este proceso se relaciona con las transformaciones que sufre la sociedad europea, con el surgimiento de las ciudades mercantiles, con sus nuevos estratos de artesanos y hombres de negocios, y la consecuente ruptura del sencillo orden tripartito de la sociedad feudal. Las primeras universidades, por otro lado, secularizan la actividad intelectual que antes estaba reservada a los grandes monasterios.

En las ciudades se afirma el pensamiento abstracto y una nueva moral basada en el cálculo racional y en el lucro. Por otro lado también la ética feudal fue afectada, como demuestra la transformación del torneo de una pugna de grupo para el prestigio del clan a un enfrentamiento individual para obtener una ganancia personal.

En medio de esta metamorfosis, el pensamiento se condensa y expresa la esencia del cambio, sobre todo en la enseñanza de los maestros de una filosofía que ya había llevado las anclas del puerto seguro de la teología. Pedro Abelardo es, para Herbert Frey, el símbolo mismo de la nueva forma de vivir y de pensar. Un individuo inquieto, crítico de las tradiciones, casi un humanista ante *litteram* que lucha en contra de las resistencias de un orden conservador.

El siglo xiii reacciona con una respuesta poderosa al desafío abelardiano. Es el tiempo de la *escolástica* y de *auctoritas* de Aristóteles, el siglo de las grandes síntesis del pensamiento y del imaginario medieval, como la "maestosa"

Divina Commedia de Dante y la *Summa* de Santo Tomás de Aquino. Junto con el triunfo del pensamiento jerárquico, del *Ordo* cristalino e inmutable, hay también la disidencia y la amenaza subversiva y destructora. Joaquín de Fiore y el milenarismo franciscano, los herejes, los infieles y otras pesadillas anuncian la gran crisis del mundo medieval.

En la filosofía, la escuela averroista de París con Sigier de Brabant lanza un desafío al pensamiento tomista, proponiendo un aristotelismo secular—Frey lo llama “de izquierda”, y las comillas son más que justificadas— que reconoce al mundo la capacidad de realizarse por sí solo, independientemente de la intervención divina. Los *virii philosophici* de París se convierten entonces en unos precursores de los *philosophes* del siglo XVIII.

La amenaza averroista deja lugar, en el siglo siguiente al racionalismo y al empirismo de Guillermo de Ockham y de Marsilio De Padua. En el siglo XIV se asiste al desmoronamiento del orden feudal, bajo el efecto cruzado de la peste negra, de la crisis ecológica, del surgimiento de los Estados y de las guerras civiles.

Sin embargo es en el siglo XI cuando la modernidad se extiende, minando desde adentro el orden antiguo. En Italia, sobre todo en la ciudad de Florencia, nace una nueva época, el *Rinascimento*, en la cual por primera vez los valores de la naciente sociedad burguesa se extienden a capas sociales enteras y se reflejan en los ordenamientos políticos. En las ciudades-Estado y en las *signorie* (principados) del Renacimiento encontramos ya todos los elementos de la modernidad, iniciándose con una movilidad social nunca antes experimentada. La lucha de baja intensidad que por largo tiempo haría de Italia unos Balcanes ante *litteram*, permitió el ascenso social de gente de condición humilde, como aquel Francesco Sforza, hijo de campesinos, que se convertiría en duque de Milán. Asimismo, la inestabilidad política conduce a la reflexión amarga y pesimista de hombres como Guicciardini y Machiavelli (Maquiavelo).

Niccoló Machiavelli, un hombre de lucidez e inteligencia extraordinarias, es el fundador de la política moderna, así como todavía la concebimos hoy; Herbert Frey presenta justamente un Maquiavelo que revela a su mundo su nueva identidad, estableciendo una nueva doctrina de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos, totalmente desprendida de los fundamentos metafísicos y morales. La suya es una “revolución copernicana” de la teoría política, que invierte la relación entre Dios y el Estado, poniendo a este último como fin verdadero del devenir social. Para Maquiavelo la religión se convierte en puro *instrumentum regni*, una herramienta eficaz en manos del príncipe para establecer y controlar a los súbditos.

La historia de Maquiavelo es un proceso inmanente, un acontecer sometido al principio de la *necessità* y un campo de acción en que se manifiesta el antagonismo entre la fortuna y la *virtú*, el azar y la acción voluntaria y eficaz del hombre. El hombre político—el príncipe— actúa correctamente si, reconociendo el principio de la necesidad, no se deja dominar por la fortuna y actúa con virtud, enérgica, osada o astutamente según las circunstancias y las oportunidades que se le ofrecen. Sólo así, confiando únicamente en sí mismo, podrá fundar y mantener el Estado.

Al dibujar esa imagen Maquiavelo pensaba concretamente en un príncipe que forjara un fuerte estado en la fragmentada y débil Italia de su tiempo, en donde la guerra entre ciudades-Estado y *signorie* era endémica. Cesare Borgia —el hombre fuerte más favorecido— fracasó en el intento, y sin embargo el llamado de Maquiavelo se quedó como paradigma, sobre todo en la cultura política italiana. Siglos más tarde, Benito Mussolini, un *dux* (guía) en perfecto estilo maquiaveliano, fundaría un Estado después de una guerra civil, pero acabaría fracasando a su vez por no reconocer los límites de su *virtú* y los mensajes ocultos de la fortuna.

En América el príncipe sería un hombre que nunca leyó a Maquiavelo y sin embargo revistió el papel más cumplido del moderno político virtuoso, Hernán Cortés. Si Colón se había quedado a mitad de camino entre el viejo mundo y el nuevo que él mismo contribuye tan poderosamente a fundar, Cortés, en cambio, es ya un hombre de la nueva era. Su fe en Dios tan desbordada es una fe en el destino de España y en el suyo propio, y su praxis política y militar es un magnífico y épico ejemplo de virtud maquiaveliana.

Hablando de él, observa perspicazmente Frey cómo “las grandes personalidades de la historia universal se distinguen de otras precisamente por el hecho de que se adueñan de la historia al menos por un momento, sin considerar la opinión de los demás” (p. 279). Y eso mismo hizo Cortés: desafiar a las autoridades españolas de las cuales era subordinado, menospreciar los supuestos obstáculos infranqueables y lanzarse con osadía a una empresa gigantesca. Gracias a su espíritu empírico, práctico, oportunista, que dosificaba la amistad y el engaño, la crueldad y la magnanimidad, la astucia y el ímpetu, la violencia y la cordura, pudo vencer al poder de los aztecas y ganarse así un lugar entre los hombres inmortales que han impreso su sello en la historia.

El magnífico ensayo de Frey concluye dejando al lector en compañía de ese hombre, símbolo mismo de la modernidad naciente. Ésta acaba por ser bautizada muy lejos de su cuna, la Europa feudal de Pedro Abelardo y de los averroistas parisinos. Pero el desplazamiento y la universalización son otros síntomas más del advenimiento de la nueva era: *novus mundus, novus ordo*. América hace la modernidad junto con Europa y termina por adquirir su variante particular, la que hoy observamos deslizarse en su lento, otoñal ocaso posmoderno.

FRANCO SAVARINO

HENRI FAVRE, *L'Indigenisme*, París, Presses Universitaires de France (Col. Que sais-je?), 1996, 128 pp.

Desde hace ya varios años los pueblos indígenas de América Latina, incluyendo a México, vienen reclamando, por medio de sus organizaciones, en congresos y foros nacionales e internacionales, una nueva relación con el Estado nacional. La emergencia de los pueblos indígenas como nuevos actores sociales y

políticos en nuestro continente (como también en otras partes del mundo) coincide con la crisis histórica del Estado redistributivo y del modelo “desarrollista” de la economía. Coincide también con un movimiento mundial de “transición a la democracia” y con una visión posmodernista de la cultura y de los movimientos sociales conforme a la cual el pluralismo étnico y el “derecho a la diferencia” sustituyen a una estrecha y limitada concepción del cambio social como simple proceso hacia una creciente “universalización” sustituyen a una estrecha y limitada concepción del cambio social como simple proceso hacia una creciente “universalización”, o como lucha sin cuartel entre dos grandes clases sociales cada vez más polarizadas.

En 1977 la opinión pública miraba atónita la llegada de varias decenas de indios norteamericanos, con vistosos trajes y plumajes, al Palacio de las Naciones Unidas en Ginebra. Llegaban a una reunión convocada por las ONG para denunciar la violación por parte del gobierno de Estados Unidos, de los tratados firmados en el siglo XIX entre el gobierno de este país y distintas tribus indígenas. Venían a la sede de la ONU para denunciar antiguos agravios y reclamar justicia histórica. A raíz de esta visita se aceleraron los acontecimientos: la ONU creó un Grupo de Trabajo sobre Poblaciones Indígenas en el marco de la Comisión de Derechos Humanos; después de varios años de trabajo publicó un amplísimo informe sobre la situación de los indígenas en el mundo; la Asamblea General proclamó al de 1993 como el Año Internacional de los Pueblos Indígenas (para compensar un poco la indignidad de haber celebrado el año anterior el sesquicentenario del “descubrimiento” de América), y en 1995 dio inicio a la Década Internacional de los Pueblos Indígenas. En el grupo de trabajo han participado, cada año en mayor número, indígenas de los países de América Latina, contribuyendo a los debates sobre la Declaración de los Derechos Indígenas que en algún momento deberá ser adoptada por la Asamblea General de la ONU. En 1992, como es bien sabido, Rigoberta Menchú Tum, indígena maya de Guatemala, recibió el Premio Nobel de la Paz.

Los tiempos han cambiado desde aquel lejano Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, Michoacán, en 1940, cuando algunos gobiernos del continente decidieron coordinar sus diversas políticas respecto a las poblaciones indígenas, objetivo que nunca lograron. En los cuarenta predominaba aún una visión paternalista y autoritaria (que no ha desaparecido del todo) de los gobiernos en relación con los numerosos pueblos indios del continente (más de 400, con aproximadamente 40 millones de habitantes), considerados como atrasados, marginados, subdesarrollados, incivilizados, bárbaros, salvajes, premodernos, no integrados a la nacionalidad —para mencionar solamente algunos de los muchos adjetivos con los cuales se ha calificado a los indígenas.

Pero el indigenismo, como lo señala acertadamente Henri Favre, es más que una política asimilacionista de los gobiernos latinoamericanos para con los pueblos indígenas. Desde el siglo XIX puede identificarse como una corriente de opinión favorable a los indios y también como un movimiento ideológico, literario y artístico de las clases medias nacionalistas urbanas, que se ocupa de lo “indígena” y se interroga acerca del papel de los indios en la sociedad nacional.

El indigenismo, ya como política de gobierno, tenía por objetivo “integrar” a los indígenas y, a final de cuentas, contribuir a su desaparición mediante diversas medidas educativas (castellanización), económicas (desarrollismo) y sociales (modernización). Esta política entró en crisis hacia los años setenta, y las nuevas reivindicaciones indias (que el autor llama “indianismo”) están ligadas, según Favre, al agotamiento del modelo nacional de desarrollo, a la bancarrota del Estado intervencionista y asistencialista, al fin de la etapa populista y a la entrada de América Latina en una nueva época liberal.

Henri Favre, antropólogo francés, es bien conocido en América Latina por sus estudios sobre México y Perú, y es actualmente director de investigaciones en el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS). En este pequeño libro, publicado en la prestigiosa serie “Que sais-je?” de las Prensas Universitarias de Francia, el autor aporta una valiosa introducción a lo que ha significado el indigenismo en los países latinoamericanos. Dadas las limitaciones de espacio (128 páginas), no puede entrar en detalles, pero presenta en forma precisa y concentrada una excelente síntesis, en todos sus aspectos, de las principales características del indigenismo. Un libro lleno de informaciones, opiniones serenas y análisis objetivos, que si bien no descubre terrenos desconocidos, sí constituye una herramienta útil para quien quiera introducirse al siempre fascinante tema de la relación entre los Estados latinoamericanos y los pueblos indígenas.

RODOLFO STAVENHAGEN

J. FIEMANN, R. ABERS Y L. AUTLER (eds.), *Emergences Women's struggles for livelihood in Latin America*, Los Ángeles, California, UCLA, Latin American Center, Latin American Studies, vol. 82, 1996, 207 pp.

A la vasta literatura sobre género en el contexto de la crisis de la deuda y de los costos sociales de la restructuración económica en Latinoamérica, se agrega este libro que contiene ocho artículos presentados en una conferencia organizada en 1992 por la Universidad de California en Los Ángeles.

El volumen, que tiene la virtud de incluir un buen número de artículos escritos por autoras latinoamericanas y norteamericanas que basan su trabajo en investigaciones originales, se ordena en una introducción y tres partes, donde se presentan los artículos que, desde distintas perspectivas teórico-metodológicas, analizan la repercusión de las políticas de ajuste en las mujeres de los sectores populares de siete países de la región.¹

¹ El índice del libro es el siguiente: Editors' Introduction; I Context “The foreign Debt Crisis and the Social Costs of Adjustment in Latin America”: Lourdes Benería; II Collective Social action and Labor Markets “Women Confronting the Crisis: Two Case Studies from Greater Buenos Aires”: Maria del Carmen Feijó; “Industrialization and

Los diversos trabajos se proponen rescatar los esfuerzos de estas mujeres, anclados en los lazos de parentesco y organizaciones comunitarias, para asegurar su sobrevivencia y la de sus familias. Como conclusión se incluye una reflexión sobre la necesidad de evaluar los parámetros conceptuales utilizados hasta ahora cuando se estudia la lucha de las mujeres, con el fin de ubicarlos en el contexto crítico que se vive en cada región y reelaborarlos políticamente. Al final del libro se incluye una bibliografía comentada sobre el tema.

El largo periodo transcurrido entre la fecha en que se realizaron las investigaciones y la publicación de sus resultados, resta cierta novedad a algunas reflexiones que ya son conocidas por los lectores latinoamericanos. Este punto es, quizás, más evidente en el artículo sobre el contexto, cuyo análisis se asienta principalmente en información estadística de los ochenta, producida en la región.

Pese a ello el volumen mantiene vigencia analítica e interpretativa pues la pobreza, que afecta a la mitad o más de la población en la mayoría de los países, se ha convertido en un problema de largo plazo, concomitante al modelo económico neoliberal adoptado por los gobiernos de la región.

En este sentido, la contribución de cada artículo es de interés no sólo porque da cuenta de la forma que asume la crisis, de los programas destinados a combatir la pobreza y de la organización de las mujeres con carácter microsocioal en diversas situaciones nacionales, sino también porque ofrece elementos conceptuales y procedimientos novedosos para la aproximación empírica y la elaboración interpretativa, que merecen ser leídos para mejorar el abordaje y la comprensión sobre el tema.

Se trata de trabajos que, en general, elaboran de modo sintético resultados de investigaciones más amplias. Por esto reseñarlos por separado implicaría, en varios casos, reducirlos más, y probablemente omitir cuestiones importantes para su comprensión.

En este marco, subvirtiendo el orden de los artículos propuesto por el índice² y a manera de notas, haré sólo algunas observaciones sobre asuntos que llaman la atención en determinados artículos, sobre reflexiones que provocan dudas o invitan a mayor profundización y acerca de ciertas líneas de investigación sugeridas por un análisis cruzado de los trabajos.

Changing Gender Roles in Rural Michoacan, Mexico”: Gail Mummert; III Political Practice “Women, Collective Kitchens, and the Crisis of the State in Peru”: Maruja Barrig; “In No-Man’s Land: Poor Women’s Organizations and Political Violence in Lima’s Neighborhoods”: Cecilia Blondet; “Power and Patriarchy: The Long Struggle to Forge a Coordinated Women’s Movement in Nicaragua”: Malena De Montís; “The Difficult Path toward Organizing Household Workers: A Dialogue”: Elsa M. Chaney y Aída Moreno Valenzuela; “Concluding Reflections: ‘Redrawing’ the Parameters of Gender Struggle”: Sonia E. Álvarez; IV Bibliography “Women’s Struggles for Livelihood: An Annotated Bibliography, 1980-1992”: Rebecca Abers.

² Véase nota 1.

1) En los artículos que integran el libro se analiza ese mundo marcado por la precariedad y la incertidumbre donde se inscribe la lucha de las mujeres, quienes por mandato cultural asumen la responsabilidad de la sobrevivencia familiar y enfrentan un medio que las orilla a convertir la satisfacción de necesidades privadas en un asunto comunitario, público.

Según los editores, la lucha por sobrevivir tiene consecuencias positivas cuando, al borrar la tradicional separación entre las economías doméstica y del mercado, propicia la creación de “una economía de base comunitaria que integra no sólo el consumo pasivo sino la producción de la sobrevivencia y de la vida misma” (pp. 2-3). Gracias a este mecanismo se comienzan a cambiar la división sexual del trabajo y el papel político de la mujer, que de ser dependiente del Estado o de otros actores, se reelabora alrededor de valores universales, como son los derechos ciudadanos.

Los distintos artículos tienden, a mi modo de ver, si no a descalificar estas afirmaciones, al menos a matizarlas con los hallazgos empíricos o con las reflexiones desarrolladas a lo largo del volumen.

2) Lourdes Benería se encarga de caracterizar el contexto en el que se desenvuelve la vida de las mujeres durante la crisis de la deuda y las políticas de ajuste. Su trabajo expone los diversos efectos de las políticas de ajuste en los hogares (aumento en el número de miembros por hogar, deserción escolar de adolescentes, principalmente de niñas, reestructuración o disminución del consumo, etc.), así como la participación de las mujeres en soluciones colectivas, normalmente comunitarias. También advierte que las políticas sociales destinadas a paliar la pobreza no han tenido éxito, pues la eficiencia económica a la que aspira el modelo económico no considera que los costos del mercado se transfieren a los hogares, ni que en este espacio social son sobre todo las mujeres quienes sufren las consecuencias de estas políticas cuando se hacen cargo de la sobrevivencia familiar. Si bien la autora asume una postura crítica y reivindica la necesidad de “incorporar el género como parte integral de los modelos macroeconómicos para compensar a las mujeres” (p. 25), su propuesta es aún general. En efecto, desde hace varios años tanto el Banco Mundial, como el Banco Interamericano de Desarrollo y otras agencias internacionales han reconocido el papel de la mujer en la superación de la pobreza o el desarrollo, y a su manera han tratado de integrar la perspectiva de género en las políticas que promueven. Aunque el lapso entre la elaboración del artículo y su publicación podría explicar esta ausencia, el lector echa de menos un breve repaso sobre las políticas sociales que se centran en la mujer. Esto habría completado el contexto al dar elementos para comprender que las experiencias colectivas de las mujeres para enfrentar la crisis y la pobreza, además de estar marcadas por circunstancias nacionales también lo están por las líneas de acción trazadas en las agencias y bancos internacionales.

3) En otro orden de ideas vale la pena detenerse en una serie de observaciones expuestas por María del Carmen Feijoó, Maruja Barrig y Cecilia Blondet, autoras que exponen algunos casos de participación de las mujeres en Argentina y Perú. Sus trabajos señalan una vía poco transitada por la investigación y que se refiere al papel de la mujer en relación con las organizaciones creadas

alrededor de la sobrevivencia, esto es: que la influencia de dichas organizaciones es limitada en la vida de las mujeres. La participación en periodos de crisis refuerza su papel reproductor y obstaculiza la generación de identidades o actores públicos. Además, la pobreza como experiencia límite contribuye a la emergencia de situaciones marcadas por la desorganización social o la violencia.

Y esto resulta interesante porque, gracias a la aportación de esas investigaciones es posible contar con evidencias que nos permiten extrapolar la experiencia de las mujeres en la pobreza más allá de los casos estudiados, superando los análisis que destacan las estrategias individuales, familiares o colectivas que ellas ponen en operación para enfrentar las políticas de ajuste o para administrar los recursos provenientes de los paquetes de ayuda a la pobreza propios del modelo económico.

En efecto, aunque los trabajos de Feijoó, Barrig y Blondet se refieren en forma sistemática a las organizaciones locales de mujeres, rescatando aquellos elementos que contribuirían a la creación o al fortalecimiento de sus identidades públicas, los hallazgos remiten la reflexión hacia los límites que enfrenta la acción colectiva de las mujeres en un contexto marcado por la extrema pobreza y por una redefinición de los sistemas y las instituciones políticas.

Esta observación, presente en los tres artículos, aparece en el análisis cuando destacan las dificultades de las organizaciones para establecer alianzas, ya sea cuando se integran a proyectos económicos y requieren entrar al mercado en mejores condiciones, o cuando se plantea la necesidad de crear organizaciones más amplias para lograr interlocución con el Estado o presentar demandas comunes.

Si bien se constata que los gobiernos admiten la organización de las mujeres en ámbitos microsociales porque, al parecer, ellas se constituyen en la alternativa de menor costo para canalizar recursos hacia los sectores pobres, las tres autoras también constatan bloqueos importantes no sólo de parte de las autoridades que consideran como una amenaza la integración de una organización amplia, sino además de parte de los partidos y otros actores políticos. En suma, perciben una incomunicación entre el sistema político y la sociedad, la cual se agudiza cuando se trata de sectores tan frágiles como es el de las mujeres que viven en la pobreza.

Sus conclusiones permiten pensar que las investigaciones siguientes deben incorporar elementos vinculados con las recientes transformaciones de los sistemas políticos latinoamericanos. En efecto, la reorganización de los sistemas e instituciones políticas que acompaña al establecimiento del modelo económico ha significado una pérdida de interés y capacidad del aparato de administración pública y de los partidos para articularse con los sectores populares, creando zonas de exclusión y conflicto que no encuentran ámbitos institucionales para su resolución.

Un análisis comparado de los tres casos permite vislumbrar que esta reorganización de lo político, además de empeorar la situación porque se quiebran los canales de interlocución con el gobierno, los partidos y otras organizaciones, comienza a tener consecuencias negativas para toda la sociedad cuando la violencia y la desorganización se hacen presentes.

El artículo de Cecilia Blondet, que relata la actividad de Sendero Luminoso y la violencia que ha producido en los barrios pobres de Lima, ejemplifica muy bien esta situación. En el texto se expone que cuando se agotan los recursos de asistencia institucional (sea gubernamental, de la Iglesia o de las ONG) y se bloquea la interlocución, las mujeres y la población en general tienden a proteger a los militantes de Sendero y en ocasiones a apoyarlos, porque ésta se constituye como la única organización cercana que les ofrece opciones para salir de su precariedad económica y social. La presencia de Sendero aparece imbricada en la vida cotidiana del barrio, y sus estrategias para lograr el silencio varían desde la infiltración del miedo en la población hasta el asesinato de líderes independientes que, como María Elena Moyano, una dirigente feminista de origen popular, destacan porque cuentan con el apoyo de la gente y porque tienen una buena presencia pública. La densa red de organizaciones populares creada por las mujeres para tratar de sobrevivir en Perú representa una competencia a la que Sendero comienza a considerar como adversaria. Este caso, que puede parecer extremo si se compara con estudios que reúnen la acción de los sectores populares en torno a nociones derivadas de los movimientos y sujetos sociales, al dibujar una imagen brutal, si bien matizada por la autora, señala nuevos procesos, vinculados con la descomposición social y política, y por tanto nuevas vías para la investigación sobre el tema.

4) El artículo de Gail Mummert ("Industrialización y modificaciones de los roles genéricos en el campo michoacano. México") se ubica en una perspectiva distinta y cobra sentido cuando la experiencia que analiza se compara con las del resto del libro. Un análisis comparativo sugiere al menos dos contribuciones de este trabajo al libro como conjunto.

La primera, es de tipo teórico-metodológico y refiere al abordaje propuesto para el análisis empírico de las relaciones de género en dos premisas obvias, que no por obvias son consideradas por la investigación. Éstas consisten, por un lado, en ubicar a las mujeres en sus relaciones como género y generación de acuerdo con su posición en la estructura de parentesco, y por otro, en no suponer una subordinación universal de la mujer, sino en identificar sus características en la población estudiada, así como sus transformaciones, debidas en este caso al ingreso de las mujeres a una industria fresera local, desde los años sesenta hasta hoy.

La autora opta por comparar varias generaciones de mujeres trabajadoras, método que hace posible observar los cambios ocurridos en los roles y relaciones de género en una comunidad donde los varones migran temporalmente a Estados Unidos desde los años cuarenta en busca de ingresos que les permitan hacer producir la agricultura local. Aunque el control social y comunitario sobre las mujeres es muy grande cuando se quedan solas, su posición en la familia y en la comunidad ha cambiado por el hecho de que manejan ingresos propios y poseen empleos relativamente estables.

Y es en este punto donde el trabajo de Mummert, que muestra cómo la fuerza de la vida comunitaria da lugar a estrategias de sobrevivencia propias, puede servir como contrapunto y comparación con organizaciones creadas, a veces artificialmente, que probablemente violentan las formas de relación so-

cial presentes en las poblaciones donde se llevan a la práctica ciertos programas de asistencia. Es probable que una parte de las explicaciones sobre los endebles resultados de estas experiencias se encuentre en esta artificialidad y en el hecho de que las organizaciones generadas alrededor de los programas, en su afán por ayudar a ciertos sectores dejando afuera al resto, tiendan a segmentar la organización comunitaria en lugar de fortalecerla.

También el trabajo de Mummert demuestra que el acceso de la mujer a un empleo, y no la pobreza o la necesidad extrema, se constituye en el requisito básico para redefinir, desde una postura digna y de poder, las relaciones de ésta con los padres y hermanos, con la pareja, los hijos y la comunidad. La transformación de su identidad se vincula claramente con un largo proceso de empoderamiento, que es posible identificar al comparar tres generaciones de mujeres. Éste contiene elementos de reflexión y constituye un tema recurrente y nítido del discurso de las entrevistadas.

Si bien el acceder a un empleo no es la única vía para modificar las relaciones de género y generaciones, es difícil pensar en una transformación de esta índole cuando los sujetos se definen desde la carencia, la necesidad, la dominación o la pobreza extrema.

En este sentido Barrig, Blondet y Feijó tienen razón cuando encuadran los estudios de caso en preocupaciones más amplias vinculadas con la relación Estado-sociedad civil. Ello es reforzado por Benería al plantear la necesidad de reconsiderar en las políticas de desarrollo las transferencias de costos del mercado, implícitos en las políticas de ajuste, hacia los hogares. A este cuadro marcado por las dificultades, Álvarez, en las conclusiones que cierran el libro, expresa la necesidad de ubicar las luchas de las mujeres por su sobrevivencia alrededor de reflexiones amplias que reelaboren las ideas sobre el desarrollo y la política en la región. Álvarez también identifica algunos desafíos que enfrentan las movilizaciones de mujeres, tales como la necesidad de desviar hacia los ámbitos locales o regionales las luchas centradas en el Estado como proveedor o interlocutor privilegiado, redefinir la noción de ciudadanía considerando los derechos civiles más que los sociales, así como la necesidad de generar estrategias múltiples para fortalecer la condición de la mujer en la región.

Sin embargo, el empeño por una transformación del papel de las mujeres populares mediante su salida hacia la esfera pública, por el momento parece tener un límite: el modelo económico que las define como receptoras de programas de alivio a la pobreza, reforzando su función reproductora y los nuevos sistemas político-institucionales que al no reconocerlas como interlocutoras y obstaculizar su capacidad organizativa, disminuye sus posibilidades para hacerse de poder y entrar a la esfera pública como sujetos socialmente productivos.

Pese a que la introducción de este libro trata de rescatar el lado positivo de las experiencias colectivas de las latinoamericanas que viven en la pobreza, la lectura de los artículos muestra un panorama menos esperanzador.

OSMAR GONZALES, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Lima, Ediciones PREAL, 1996, 346 pp.

La obra de Osmar Gonzales se ubica dentro de una perspectiva renovadora en el campo de los estudios sociales e históricos en el Perú contemporáneo, que trata de reconstruir de manera sistemática y minuciosa los procesos históricos. Desde el título elegido para designar a este grupo generacional como “arielistas” (y no la usual denominación de “novecentistas”, “generación de 1905” o “futuristas”, como han sido identificados por los cientistas sociales y críticos literarios peruanos), Gonzales nos adelanta el propósito de su libro que consiste en proponer una nueva lectura e interpretación del surgimiento de este grupo y su influencia en la formación del pensamiento social y político peruano.

Los arielistas, nombre que proviene del título de una de las principales obras del escritor uruguayo José Enrique Rodó, *Ariel* —obra de contenido mesiánico y transformador en Latinoamérica—, engloba mejor el horizonte en el cual se inscribieron algunos intelectuales peruanos de principios de siglo bajo la fuerte impronta del escritor uruguayo. Influencia que los llevaría a erigirse como propugnadores de la “regeneración nacional”. Este grupo generacional de peruanos nace a fines del siglo XIX y proviene de familias de composición mesocrática y de prestigio social cimentado en una larga historia de participación en la vida política y cultural del país. Todos ellos, dedicados al mundo de las humanidades, expresan una misma sensibilidad para entender a Perú. Conforman este grupo personalidades como Francisco García Calderón (Valparaíso 1883-Lima 1953), Ventura García Calderón (París 1886-1959), José de la Riva Agüero (Lima 1885-1944), Víctor Andrés Belaunde (Arequipa 1883-Nueva York 1966) y José Gálvez (Tarma 1885-Lima 1957) entre otros.

Frente al escaso conocimiento y difusión de la trayectoria y pensamiento intelectual de este grupo o, a la imagen estereotipada de conservadores construida por el radicalismo de los centenaristas y, posteriormente, popularizada por los intelectuales de izquierda, la revisión crítica que ofrece Gonzales muestra la clara postura vanguardista y modernizadora que asumió este grupo en el Perú de principios de siglo. Propuesta que recoge la tradición hispanista y la vertiente de la cultura latina como modelo modernizador. Como bien analiza el autor, los arielistas se constituyen en la *intelligentsia* de ese momento. Prueba de ello es la vasta producción de libros de carácter propositivo que escribieron para impulsar la comprensión de los problemas de Perú. Entre las obras más representativas de estos autores se encuentran *El Perú Contemporáneo*, de Francisco García Calderón, publicado en 1907; *El carácter de la literatura del Perú independiente*, de José de la Riva Agüero, escrito en 1905; y, *La realidad nacional*, de Víctor Andrés Belaunde, publicado en 1931. Los arielistas son, como afirma Gonzales, los primeros en construir un discurso nacionalista del país formulando un programa político de reformas modernizador del orden existente. Orden caracterizado por una jerarquía y desigualdad social claramente definida.

Asimismo, el autor establece las líneas de continuidad y ruptura que existen entre el pensamiento de esta generación y la de los llamados centenaristas,

como José Carlos Mariátegui, Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez, los cuales a su juicio deben ser entendidos a la luz de la obra de los arielistas.

A lo largo de sus páginas, Gonzales reconstruye en tres periodos la trayectoria del pensamiento político y social de los arielistas durante las tres primeras décadas de este siglo. El primero es el que denomina *El optimismo*: se inicia en 1905 y llega hasta 1913; el segundo, *El desencanto*, comprende desde 1914 hasta 1921 y, finalmente, el tercer periodo, *La reacción*, surge en 1922 y culmina en 1932. Es en función de estas tres etapas que el autor parte de contextualizar los orígenes de este grupo, los miembros que lo conforman, las principales influencias intelectuales que recibieron, la visión que construyen del país, las obras que produjeron y, el carácter nacional y reformista de su proyecto político. En este recorrido, lejos de presentarlos como un sólido y monolítico grupo generacional, Gonzales nos muestra el pluralismo de ideas existente entre sus miembros, las diferencias en tomo al tratamiento de determinados temas, así como el complejo proceso de cambio de visiones y posiciones políticas por el que atravesaron como consecuencia de las frustraciones y los fracasos en sus intentos de participar en la vida política del país. Trayectoria intelectual que, en sus últimos años terminaría refugiándose en una mentalidad pesimista y conservadora.

Pese a presentarnos la heterodoxia de este grupo, no queda claro por qué Gonzales aborda el arielismo peruano como una corriente de pensamiento. No basta que este pensamiento sea global y coherente para ubicarlo como una corriente. Ésta se sustenta en la fuerza que tiene como conjunto de ideas movilizadoras de un cambio social, cosa que no se observa en el caso del grupo generacional arielista y sí en el de los centenaristas.

La obra de Gonzales lleva implícitos varios temas de reflexión. Mencionaremos algunos que nos parecen relevantes en la discusión. El primero es la formación de un pensamiento modernizante en los arielistas y los límites de éste en el Perú de principios de siglo. El autor, adhiriéndose a una categoría propuesta por el jurista Fernando de Trazegnies, identifica la mentalidad de los arielistas como modernizadora-tradicionalista. Los arielistas propugnan una serie de reformas dentro del ordenamiento social existente y bajo la dirección de una élite dirigente conformada por la "aristocracia de la inteligencia". Como dice el autor, "los cuatro ejes que definen su proyecto nacional serían: en lo social por la clase media (o burguesía), en lo político por el reformismo desde el Estado, en lo cultural por el mestizaje y en lo ideológico por el cristianismo".¹

Un claro ejemplo de esta visión modernizadora lo constituye la forma de entender el problema de los indios en Perú, la cual es extensiva a todas las consideradas "clases inferiores". Éstas, a los ojos de los arielistas, están integradas por actores receptivos y sin ninguna posibilidad de proceder como individuos pensantes; por lo tanto habrá que educarlos e integrarlos a la vida nacional. La respuesta que formula Gonzales al porqué de este contradictorio pensamiento resulta interesante y renovadora. Según el autor, los arielistas no pudieron ubicarse en un tiempo social que tan vertiginosa y radicalmente des-

¹ Gonzales, 1996, p. 26.

componía y transformaba el orden de las cosas. Orden en el que ellos mismos habían crecido y al cual no buscaban cambiar sino “regenerar”. Si bien esta línea de análisis nos permite apreciar la complejidad de los elementos necesarios para entender el pensamiento modernizador de los arielistas, Gonzales no profundiza en otra que nos llevaría por distintos caminos: la influencia de las corrientes positivista y la del evolucionismo social inmersa en la interpretación que los arielistas hicieron sobre la realidad. Estas nuevas ideologías, a las que se añadió el idealismo, fueron los dogmas en los que este grupo encontró las seguridades necesarias en un medio tan cambiante.

Otro tema de interés que nos plantea esta obra es la relación de los intelectuales con la política. Gonzales nos demuestra que no existe una relación estrecha entre la élite intelectual y la élite política oligárquica. Vemos cómo los arielistas —quienes se asumieron como la conciencia moral del país, llamando la atención sobre los vicios y desviaciones del sistema político peruano—, lejos de ser los voceros del pensamiento oligárquico, se convirtieron en intelectuales incómodos al sistema de dominación vigente, y fueron marginados por él.

Finalmente, un tema que subyace a toda la obra y que por momentos parece ser la motivación del texto es la polémica, cuya existencia sostiene el autor, entre los arielistas y los centenaristas. Él sitúa este debate contemporáneamente y en un plano del quehacer intelectual político. Gonzales muestra cómo muchas de las ideas presentes en Mariátegui o en Haya de la Torre son resultado de un diálogo soterrado con las reflexiones de García Calderón, Belaunde y Riva Agüero. Ya en el plano del quehacer intelectual, el autor asume una actitud ética. Habla a título de una joven generación, enjuiciando severamente la interpretación intencionada que se ha realizado sobre los arielistas. Los apologistas se han preocupado por difundir las obras correspondientes al último periodo de su trayectoria. Obras con una clara tendencia conservadora. Asimismo, los intelectuales de izquierda de los setenta, herederos de la tradición de los maestros centenaristas, han liquidado a esa generación divulgando una imagen de los arielistas cargada de ideología, la misma que, como señala el autor, se explicaría, entre otras razones, por la rivalidad de los respectivos proyectos políticos. Gonzales rompe con esta forma de interpretar la historia de las ideas políticas en el país y busca restablecer —sacándolo del confinamiento al que ha sido relegado— el pensamiento del grupo generacional arielista, situándolo en el lugar que le corresponde en la formación de las ideas políticas en Perú. Asimismo, la voz del intelectual orgánico se hace presente cuando Gonzales en su *post scriptum*, instiga al lector a emular el espíritu de los maestros de principios de siglo en su preocupación por pensar en el porvenir del país.

No cabe duda que este texto marca un hito en la historia de las ideas en Perú. Para cualquier estudioso interesado en estos temas o en la Lima de fin del siglo XIX y principios del XX, la obra de Gonzales es una lectura obligatoria. No sólo por la reflexión que nos propone, sino también por la variada y rica información que proporciona sobre los intelectuales del periodo y sobre el proceso de modernización que se opera en la ciudad de Lima.